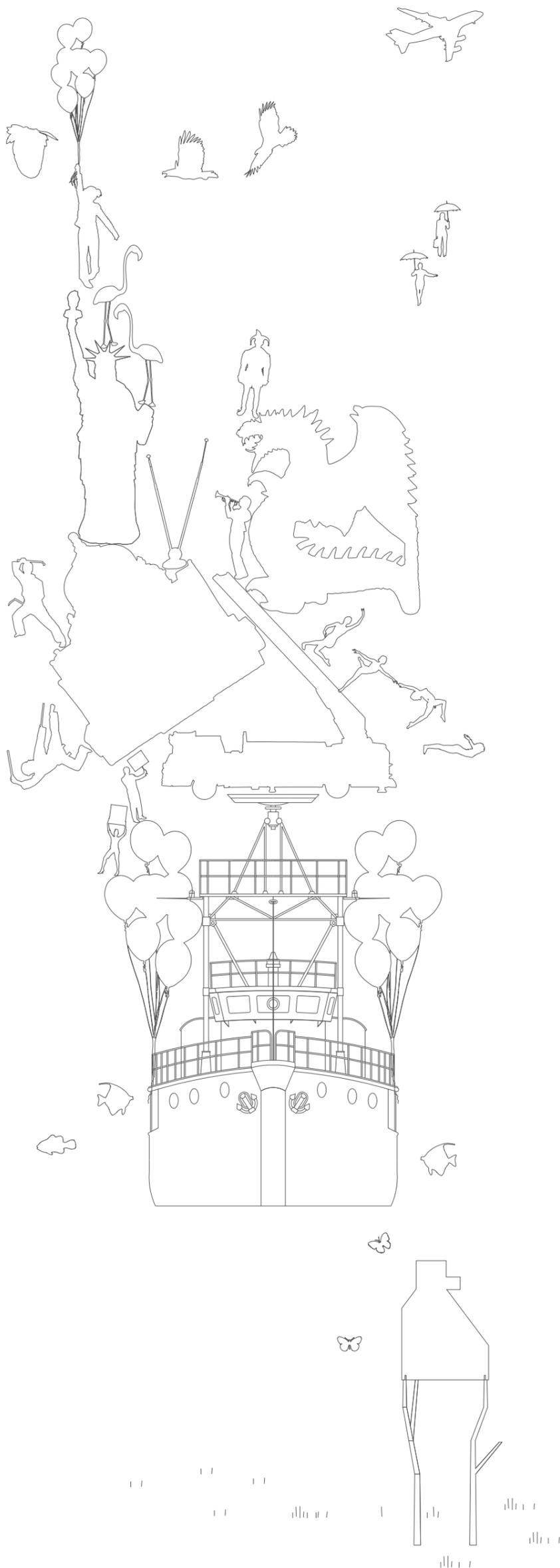


# una torre para volar...

{ Casa para M. y D., cuando cumplan las edades de 7 y 6 años.

Había conocido qué pasa cuando creces. Había visto qué hay ahí afuera. Y a veces me gustaba, pero a veces me repugnaba hasta lo más profundo del alma. Construir una suerte de apartado para los pensamientos se hizo algo necesario para sobrevivir a lo oscuro que, a veces, era todo ahí afuera. Erigí una especie de refugio para huir y esconderse cuando la tarde se nubla o las marejadas son demasiado fuertes, o para escuchar cuando el viento trae canciones. Un templo de ideas, en lo alto, alejado de lo material del suelo, donde tocar las nubes fuera más fácil y el brillo de las estrellas más pertinaz. Un lugar oculto entre brisa, hoja, azul de mediodía y rama en el que reír fuera la lengua oficial, soñar el deporte nacional. Una isla, patria con bandera pirata, amarrada en una acacia centenaria, con acceso mediante una única escalera, pedazo de madera y planta de pie descalza. El castillo en la distancia, la torre de ojo largo y juegos concentrados en la ternura de la infancia. Había construido una casa en un árbol donde encontrarme conmigo mismo, crecer y observar la vida a vista de pájaro. Había construido mi legado...

... Como cada tarde, en ese intervalo de tumulto en la casa en el que el recoger los cacharros y dormirse la siesta se fundían después de comer, ellos se zafaban de las tareas impuestas por rango de edad en la casa, escabuyéndose por la puerta trasera hacia la libertad de aquel jardín selvático y olvidado, pero suyo. Se accedía a él por una pequeña verja cansada de herrumbre y abrazada por las buganvillas. Las sombras y los claros se alternaban creando imposibles gamas cromáticas de verdes. A ras de suelo, había mil escondrijos entre los arbustos y setos que se deformaban en aberrantes figuras, que la mente humana jamás hubiera podido recrear. El estanque era un microcosmos de criaturas resbaladizas que vivían entre el limo que estáticamente se posaba sobre la superficie tensa del agua. Pero el lugar favorito de los niños era ese pequeño paraíso al que accedían trepando la acacia que más regiamente se erigía entre falsos plátanos, robles, mimosas y sicómoros. Un paraíso construido con tabloncillos desechados del cobertizo viejo que habían revivido dando lugar a un espacio en el que la realidad no tenía permitido el acceso. El pequeño paraíso de intimidad infantil en el que los juegos de detectives, cuentos árabes o chinos y la metaficción de las construcciones dentro de una modesta construcción alejaban a los pequeños del suelo en su torre de madera y viento y los acercaban un poco más a la región de los sueños donde las estrellas brillan más fuerte y las nubes se dejan tocar.



# arribé a aquella isla en mi imaginación desde todas las direcciones posibles, pero en todas mis fantasías no me ocurrió nada tan extraño como las aventuras que en realidad vivimos

{ Jim Hawkins.

Tardamos más tiempo de que el hidalgo había previsto en disponer los preparativos para hacernos a la mar y ninguno de nuestros planes originales –ni siquiera el del doctor Livesey de mantenerme a su lado– pudo llevarse a cabo tal y como habría sido nuestra intención. El doctor tuvo que ir a Londres en busca de un médico que se hiciera cargo de su consulta, el hidalgo estaba muy ocupado en Bristol y yo residía en la mansión bajo la custodia del viejo Redruth, el montero, casi como un prisionero pero envuelto en sueños maravillosos y en maravillosas expectativas de islas exóticas y aventuras. En mis ratos de solaz daba vueltas al mapa en mi cabeza, del que recordaba muy bien todos los detalles. Sentado junto a la lumbre en la habitación del ama de llaves, arribé a aquella isla en mi imaginación desde todas las direcciones

posibles, exploré cada palmo de su superficie, ascendí mil veces a esa alta colina que llaman Catalejo y desde la cima pude disfrutar de maravillosas y cambiantes perspectivas. A veces la isla estaba habitada por salvajes contra los que combatíamos, en otras ocasiones había peligrosos animales que nos perseguían, pero en todas mis fantasías no me ocurrió nada tan extraño y trágico como las aventuras que en realidad vivimos.

Así pasaron las semanas, hasta el día en que llegó una carta dirigida al doctor Livesey en la que se había añadido: "A abrir en su ausencia por Tom Redruth o el joven Hawkins". Obedeciendo la orden descubrimos, o más precisamente descubrí –pues el montero apenas podía leer los caracteres de imprenta–. Las siguientes noticias importantes:

«Posada de la Vieja Ancla, Bristol, 1 de

marzo de 17...

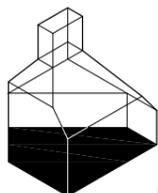
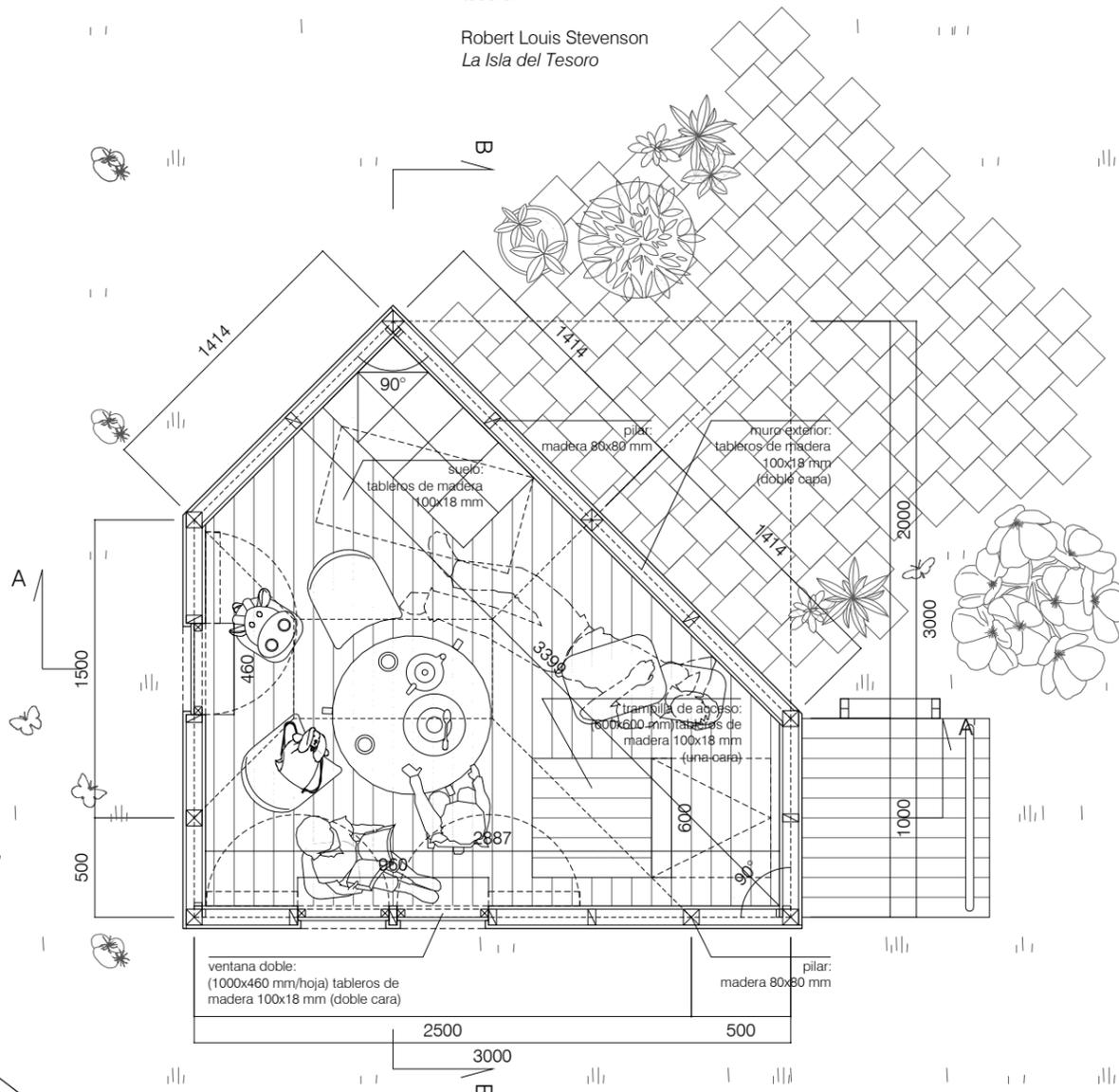
Apreciado Livesey:

Puesto que ignoro si os halláis en la mansión o seguís aún en Londres, os envío la presente en doble ejemplar a ambas direcciones.

Ya he comprado y aparejado el barco. Está anclado y dispuesto a zarpar. Es difícil imaginar una goleta más hermosa, de doscientas toneladas pero que hasta un niño podría manejar. Se llama *Hispaniola*.

La conseguí gracias a mi viejo amigo Blandly, que ha hecho gala de gran eficacia. Este hombre admirable prácticamente se ha puesto al servicio de mis intereses y lo mismo ha hecho todo el mundo en Bristol en cuanto por el puerto corrió la noticia de hacia qué rumbo zarparemos... me refiero al tesoro.»

Robert Louis Stevenson  
*La Isla del Tesoro*

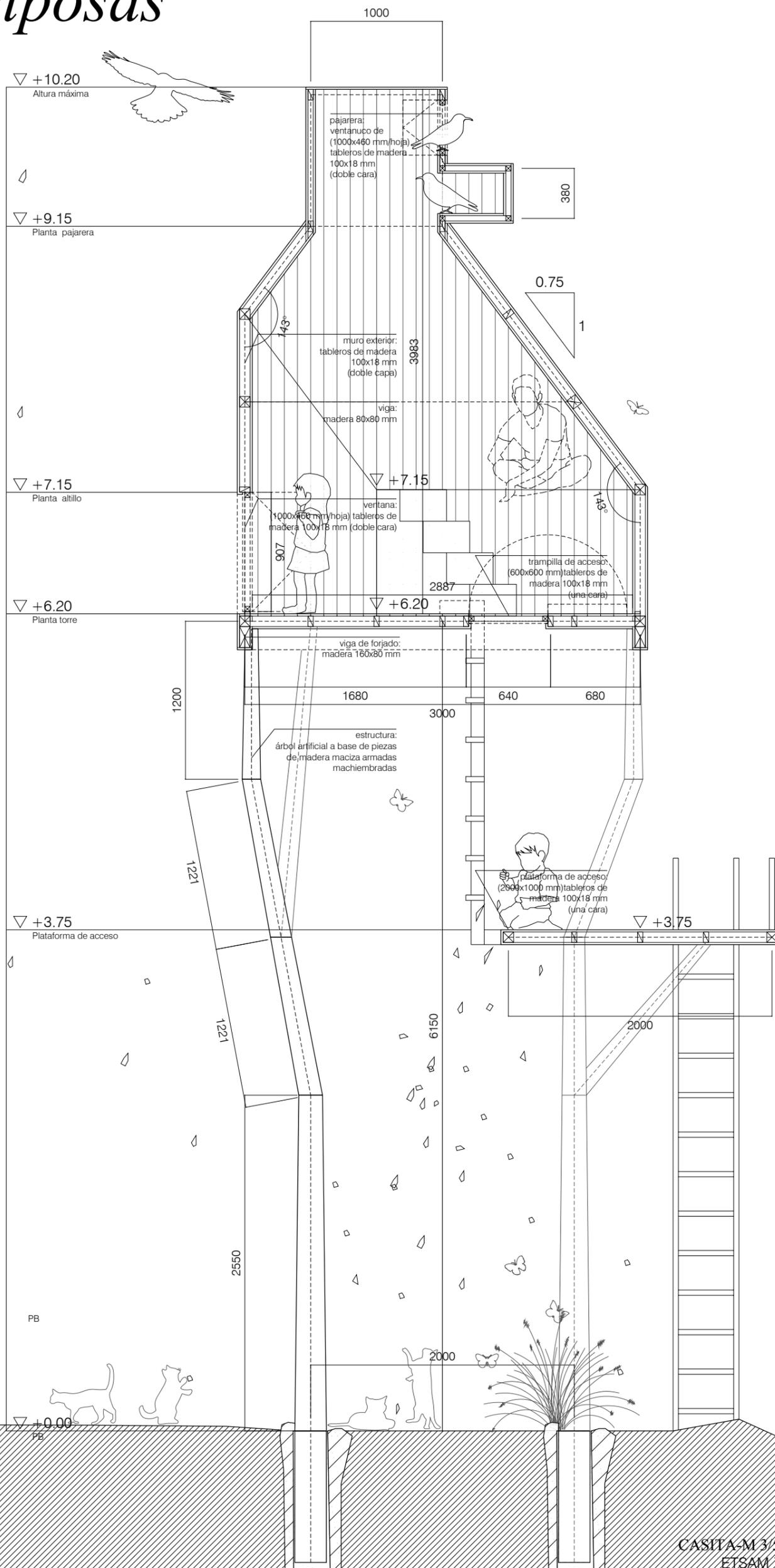


# atraídos por una lluvia de mariposas blancas...

{ Jean Tarrou.

Tarrou parecía además haber sido favorablemente impresionado por una escena que se desarrollaba con frecuencia en el balcón que quedaba en frente de su ventana. Su cuarto daba a una pequeña calle transversal donde había siempre gatos adormilados a la sombra de las tapias. Pero todos los días, después del almuerzo, a la hora en que la ciudad entera estaba adormecida por el calor, un viejecito aparecía en un balcón, del otro lado de la calle. El pelo blanco y bien peinado, derecho y severo en su traje de corte militar, llamaba a los gatos con un "minino, minino" dulce y distante a un tiempo. Los gatos levantaban los ojos, pálidos de sueño, sin decidirse a moverse. Él rompía pedacitos de papel sobre la calle y los animales, atraídos por esta lluvia de mariposas blancas, avanzaban hasta el centro de la calzada, alargando la pata titubeante hacia los últimos trozos de papel. El viejecito, entonces escupía sobre los gatos con fuerza y precisión. Si uno de sus escupitajos daba en el blanco, reía.

Albert Camus  
*La peste*



# y se rieron, y rieron y siguieron riéndose sin poder mantener la compostura

{ Tío Albert.

— ¿Estás totalmente segura de que estará en casa? —dijo Jane, cuando ella, Michael y Mary Poppins bajaron del autobús.

— ¿Acaso crees que mi tío me pediría que os llevase a merendar a su casa si tuviera la intención de salir?

Los tres iban a hacer una visita a Tío Albert, y hacía tanto tiempo que Jane y Michael aguardaban ese momento que ahora tenían miedo de que finalmente él no estuviera en casa. Doblaron la esquina y tiraron de la campana del número tres de la calle Robertson. En ese momento se abrió la puerta y una mujer muy menuda y de ojos llorosos apareció en el umbral.

— ¿Está el señor en casa? —se apresuró a preguntar Michael.

— Nada más subir, la primera puerta del descansillo —dijo la señora—. Y a continuación se alejó a toda prisa por el pasillo.

Jane y Michael siguieron a Mary Poppins escaleras arriba y, una vez en el descansillo, Mary llamó a la puerta.

— ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Sed bienvenidos! —exclamó desde dentro una voz fuerte y alegre.

Frente a ellos se abría una habitación amplia y alegre. En un extremo resplandecía un fuego encendido y, en medio, había una mesa enorme con una merienda preparada: cuatro tazas, cuatro platos, y pilas y más pilas de tostadas con mantequilla, bollos y pasteles de coco, además de un gigantesco plumcake con un glaseado de color rosa.

— Bueno, Bueno, esto sí que es un verdadero honor —les saludó la voz—. Pero no se le veía por ninguna parte. En la habitación no parecía haber absolutamente nadie. Entonces oyeron la voz de Mary decir:

— ¡Ay tío Albert, otra vez noooo! ¡No me digas que es tu cumpleaños!

Hablaba mirando al techo, de modo que Jane y Michael alzaron la vista y, para su sorpresa, vieron a un hombre flotando en el aire sin agarrarse a ninguna parte. En realidad, más que flotar parecía estar sentado en el aire, pues tenía las piernas cruzadas y a su lado un periódico que debía haber estado leyendo cuando entraron.

— Me temo que sí, querida, es mi cumpleaños —y luego dijo sonriendo a los niños— ¿Sorprensidos?

Y tanto que sí, a Michael y a Jane la boca se les había quedado abierta.

— Veréis —explicó justificándose—. Es que soy una persona muy alegre, de risa fácil... No os podéis ni imaginar la de cosas que me hacen gracia...

Os aseguro que me puedo reír prácticamente de lo que sea.

Y al instante empezó a subir arriba y abajo por el ataque de risa que le había provocado pensar en lo alegre que era.

— ¡Tío Albert! —reprendió Mary Poppins.

— ¡Disculpa, querida! Bueno, lo más gracioso de todo, es que siempre que mi cumpleaños cae en viernes, me voy para arriba. Sí señor, arriba del todo. Me lleno de tanto gas de la risa que me resulta completamente imposible mantenerme en el suelo por mucho que lo intente. Basta una sonrisa para que ocurra... Recuerdo que el año pasado... en el circo... —sin poderlo evitar comenzó a reírse a carcajadas—, y mientras se reía no paraba de dar tumbos por el aire, chocando contra el techo, con el periódico temblándole en las manos y las gafas poniéndosele y quitándosele de la nariz.

Resultaba tan divertido verle flotar a la deriva como si fuera una enorme burbuja humana que trataba de aferrarse a las tuberías, al techo o a lo que fuera... que por más que lo intentaron, Jane y Michael no pudieron evitar echarse a reír.

Y se rieron, y rieron y siguieron riéndose sin poder mantener la compostura. Trataron de sujetarse la boca para que no se les escapara la risa pero no hubo manera. De pronto Michael vio atónito cómo su hermana comenzaba a elevarse por la habitación. Y cómo al llegar al techo, se dio un pequeño golpe en la cabeza y luego, agarrándose a Tío Albert, se sentó junto a él.

— ¡Vaya, no me digas que también es tu cumpleaños! —Dijo Tío Albert, tan sorprendido como Michael, mientras Jane con cara desconcertada decía que no con la cabeza.

— ¡Eh tú...! ¡Alto ahí! ¡Cuidado con el mantel! —Se lo decía a Michael, que desternillándose de risa había logrado subir hasta el techo dando tumbos—. Encantado de conocerte —dijo dándole un fuerte apretón de manos—. ¡Esto sí que es amabilidad, como no puedo bajar yo, has decidido subir tú!

— Bueno, Mary... pues aquí ya estamos todos instalados... ¿pero por qué me miras así?

— ¡A tu edad tío...!

Y ante la sorpresa de Jane y Michael, Mary pegó las manos al cuerpo y, sin soltar una sola risa, sin el más atisbo de sonrisa en su rostro, salió disparada hacia arriba y se sentó en el aire al lado de Jane.

— ¡Estupendo, Mary, estupendo! —aplaudía emocionado Tío Albert.

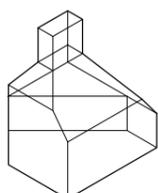
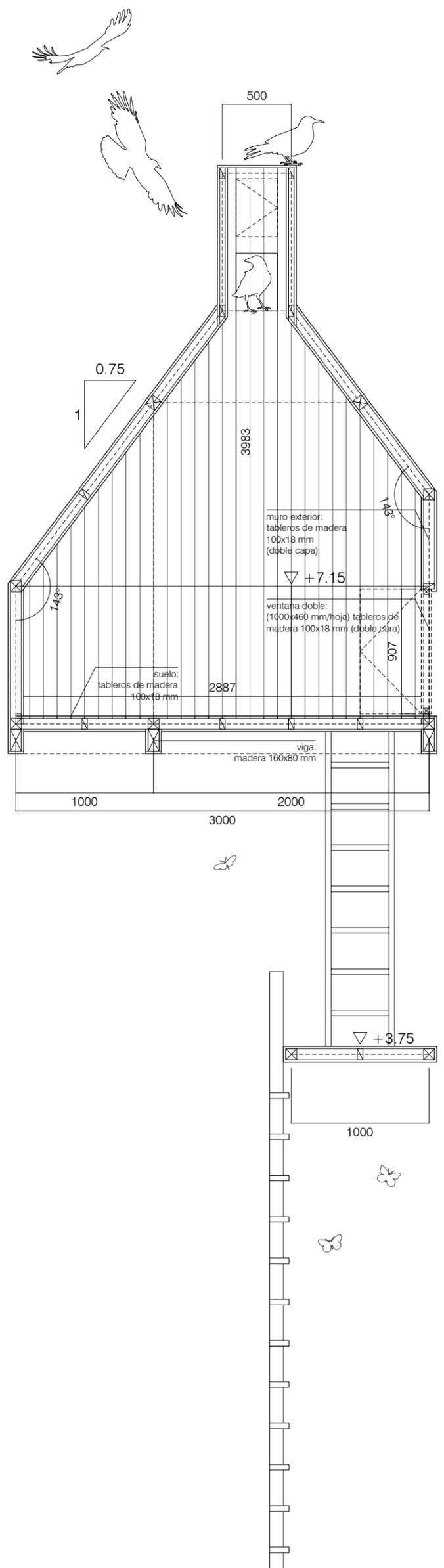
Y tan pronto como Mary vio emocionado a su tío, las patas de la mesa que tenía debajo se pusieron a temblar. Bien pronto la mesa entera estuvo

bamboleándose peligrosamente hasta que, con un fuerte traqueteo de loza, y mientras varios pasteles se desplomaban sobre el mantel, se remontó en el aire y, dando un giro perfecto, se instaló entre ellos de modo que Tío Albert quedó en la cabecera.

— ¡Buena chica! —dijo Tío Albert dirigiéndole a Mary una sonrisa llena de orgullo—. Estaba seguro de que se te ocurriría algo.

Por fin podían celebrar su cumpleaños todos juntos, flotando en el aire. Ni un solo trozo de pan con mantequilla y ni un terrón de azúcar se habían quedado abajo.

P. L. Travers  
Mary Poppins



# ¿acaso la tierra ha disminuido?

{ Phileas Fogg.

— ¡Cómo que antes! ¿Acaso la Tierra ha disminuido?

— Sin duda que sí —respondió Gualterio Ralph.— Opino como Mister Fogg. La Tierra ha disminuido, puesto que se recorre hoy diez veces más aprisa que hace cien años. Y esto es lo que, en el caso de que nos ocupamos, hará que las pesquisas sean más rápidas. Y que el ladrón se escape con más facilidad.

— Os toca jugar a vos —dijo Phileas Fogg.

Pero el incrédulo Stuart no estaba convencido, y dijo al concluirse la partida:

—Hay que reconocer que habéis encontrado un chistoso modo de decir que la Tierra se ha empequeñecido. De modo que ahora se le da vuelta en tres meses...

— En ochenta días tan sólo —dijo Phileas Fogg.

— En efecto, señores —añadió John Sullivan— ochenta días, desde que la sección entre Rothal y Altahabad ha sido abierta en el Great Indian Peninsular Railway, y he aquí el cálculo establecido por el "Morning Chronicle":

*De Londres a Suez por el Monte Ceniz y Brindisi, ferrocarril y vapores: 7*

*De Suez a Bombay, vapores: 18*

*De Bombay a Calcuta, ferrocarril: 8*

*De Calcuta a Hong Kong (China), vapores: 13*

*De Hong Kong a Yokohama (Japón), vapor: 6*

*De Yokohama a San Francisco, vapor: 22*

*De San Francisco a Nueva York, ferrocarril: 7*

*De Nueva York a Londres, vapor y ferrocarril: 9*

**TOTAL: 80**

— ¡Sí, ochenta días! —exclamó Andrés Stuart, quien por inadvertencia cortó una carta mayor.— Pero eso sin tener en cuenta el mal tiempo, los vientos contrarios, los naufragios, los descarrilamientos, etc.

— Contando con todo —respondió Phileas Fogg, que tendiendo su juego, añadió: Dos triunfos mayores.

Andrés Stuart, a quien tocaba dar, recogió las cartas, diciendo:

— Teóricamente tenéis razón, señor Fogg; pero en la práctica...

— En la práctica también, señor Stuart.

— Quisiera verlo.

— Sólo depende de vos. Partamos juntos.

— ¡Libreme Dios! Pero bien, apostaría cuatro mil libras a que semejante viaje, hecho con esas condiciones, es imposible.

— Muy posible —por el contrario, respondió Fogg.

— Pues bien, hacedlo.

— ¿La vuelta al mundo en ochenta días?

— Sí.

— No hay inconveniente.

— ¿Cuándo?

— En seguida. Os prevengo solamente que lo haré a vuestra costa.

— ¡Es una locura! —exclamó Andrés Stuart, que empezaba a resentirse por la insistencia de su compañero de juego.

— Más vale que sigamos jugando.

— Entonces, volved a dar, porque lo habéis hecho mal.

Andrés Stuart recogió otra vez las cartas con mano febril, y de repente, dejándolas sobre la mesa, dijo:

— Pues bien, sí, Mister Fogg, apuesto cuatro mil libras...

— Mi querido Stuart —dijo Fallentin,— calmaos. Esto no es formal.

— Cuando dije que apuesto —respondió Stuart— es en formalidad.

— Aceptado —dijo Fogg. Y luego, volviéndose hacia sus compañeros, añadió: Tengo veinte mil libras depositadas en casa de Baring hermanos. De buena gana las arriesgaría.

— ¡Veinte mil libras! —exclamó John Sullivan.— ¡Veinte mil libras, que cualquier tardanza imprevista os puede hacer perder!

— No existe lo imprevisto —respondió sencillamente Phileas Fogg.

— ¡Pero, Mister Fogg, ese transcurso de ochenta días sólo está calculado como mínimo!

— Un mínimo bien empleado basta para todo.

— ¡Pero a fin de aprovecharlo, es necesario saltar matemáticamente de los ferrocarriles a los vapores y de los

vapores a los ferrocarriles!

— Saltaré matemáticamente.

— ¡Es una broma!

— Un buen inglés no se chancea nunca cuando se trata de una cosa tan formal como una apuesta —respondió Phileas Fogg.— Apuesto veinte mil libras contra quien quiera a que yo doy la vuelta al mundo en ochenta días, o menos, sean mil novecientos veinte horas, o ciento quince mil doscientos minutos. ¿aceptáis?

— Aceptamos —respondieron los señores Stuart, Falletín, Sullivan, Fianagan y Ralph después de haberse puesto de acuerdo.

— Bien —dijo Fogg— El tren de Douvres sale a las ocho y cuarenta y cinco. Lo tomaré.

— ¿Esta misma noche? —preguntó Stuart.

— Esta misma noche —respondió Phileas Fogg.

Julio Verne

*La vuelta al mundo en ochenta días*

## epílogo

{ Man still breathes both in and out. When is architecture going to do the same?

Space has no room, time not a moment for man. He is excluded.

In order to "include" him —help his homecoming— he must be gathered into their meaning. (Man is the subject as well as the object of architecture)

Whatever space and time mean, place and occasion mean more.

For space in the image of a man is place, and time in the image of a man is occasion.

Today space and what it should coincide with in order to become "space" —man at home with himself— are lost. Both search for the same place, but cannot find it.

Provide this space. Articulate the inbetween.

Is man able to penetrate the material he organizes into a hard shape between one man and other, between what is here and what is there, between this and a following moment? Is he able to find the right place for the right occasion?

No —So start with this: make a welcome of each door and a countenance of each window.

Make of each place a bunch of places, of each house and each city for a house is a tiny city, a city a huge house. Get closer to the shifting center of human reality and build its counterform— for each man and all men, since they no longer do it themselves.

Whoever attempts to solve the riddle of space in abstract, will construct the outline of emptiness and call it space.

Whoever attempts to meet man in the abstract will speak with this echo and call this a dialogue.

Man still breathes both in and out. When is architecture going to do the same?...

Aldo van Eyck

*City is House and House is City*